

El terrible pecado de la Apostasía (tercera parte)

Hebreos 10:26-31

Introducción:¹

Los versos que ahora vamos a estudiar amplían el tema que iniciamos en el verso 26. Ellos nos presentan, de manera contundente, el terrible castigo que Dios traerá sobre los que cometen el pecado voluntario de la apostasía. Los versos 26 y 27 pueden ser divididos en dos partes: primero encontramos una descripción del pecado voluntario y segundo, encontramos una declaración del castigo que los que cometen este pecado recibirán. Siendo que este pecado es muy grave el autor vuelve a repetir estas dos partes en los versos 29 al 31. Del 28 al 29 el autor demuestra el carácter horrible del pecado de la apostasía usando un argumento extraído de la Ley de Moisés. Y del 30 al 31 establece la certeza del merecido castigo que recibirá el infractor debido al carácter santo de Dios que se revela en Su Palabra.

Considero que la repetición de un tema tan solemne no obedeció a que el autor quería hacer más extensa su carta, sino que evidencia el propósito del Espíritu Santo, quien, a través del autor, busca producir un efecto poderoso en las conciencias y corazones de los lectores.

Debemos recordar que esta sección que va desde el verso 26 hasta el 31 corresponde a una aplicación práctica que es efecto de la exhortación que nuestro autor dio en los versos 21 al 25. En esta sección el autor nos exhortó a acercarnos de la manera correcta al Trono de Dios, a mantenernos firmes en la profesión de nuestra esperanza en el evangelio, a cultivar un carácter piadoso amando a los demás y cultivando el amor fraternal a través de la mutua provocación santa y las buenas obras, y a no abandonar la congregación de los santos.

En la introducción a esta gran sección que hemos titulado “El terrible pecado de la apostasía” decíamos que lastimosamente el objetivo principal que el Espíritu Santo buscaba con este texto ha sido pervertido por las distintas posiciones que algunos teólogos han tomado frente al texto, algunos pretendiendo encontrar en él las bases para afirmar que los

¹ Para el estudio de estos pasajes (Heb. 10:28-31) he seguido, casi al pie de la letra, el estudio que hiciera el pastor Arthur Pink sobre los mismos pasajes.

verdaderos creyentes pueden perder su salvación (arminianos), que es posible caer definitivamente de la gracia y perderse para siempre. Ellos utilizan la expresión del autor sagrado “*Porque si pecáremos voluntariamente*” como prueba de que el verdadero creyente puede cometer el pecado de la apostasía y perderse para siempre. Pero al tomar este argumento como base, estas personas también están afirmando que Jesús, el Hijo de Dios, también pudo mentir y perder para siempre el trabajo de redención a causa de un pecado. Él habló en los mismos términos hipotéticos de nuestro autor cuando dijo: “*Pero vosotros no le conocéis; más yo le conozco, y si dijere que no le conozco, sería mentiroso como vosotros; pero le conozco, y guardo su palabra*” (Jn. 8:55). Así como Jesús, luego de hablar hipotéticamente y decir que si no conociera al Padre él entonces sería mentiroso, procedió a afirmar que él efectivamente le conoce y por lo tanto no es mentiroso, el autor de Hebreos, luego de hablar hipotéticamente sobre la posibilidad de él mismo cometer el pecado de la apostasía, él asegura que ningún verdadero creyente podrá abandonar por completo la fe cristiana y perderse para siempre cuando afirma “*Pero nosotros no somos de los que retroceden para perdición, sino de los que tienen fe para preservación del alma*” (v. 39).

El segundo grupo de los que pervierten el objetivo principal de estos textos son algunos teólogos del ala calvinista, que es opuesta al ala arminiana. Estos hacen ingentes esfuerzos por demostrar que los verdaderos creyentes no están incluidos dentro de la aplicación de esta exhortación. Que esta exhortación va dirigida exclusivamente a los creyentes nominales.

Y en esta discusión, el filo penetrante de estas palabras ha sido embotado de manera que no penetre en las conciencias de los santos y ha sido anulado su poder para hacernos temblar y producir una profunda humillación en nuestros corazones. Pero no es verdad que los verdaderos creyentes no estén incluidos en la exhortación, pues, la carta está dirigida a los “*participantes del llamamiento celestial*” (3:1), y el autor sagrado también se incluye en la exhortación cuando dice “*...si pecáremos*” (10:26).

Es posible que alguien en este momento esté preguntándose “Pero, usted acaba de decir que los verdaderos creyentes nunca podrán perderse definitivamente, entonces ¿Para qué el

Espíritu Santo hablará hipotéticamente a los santos de sufrir el terrible castigo que recibirán los que comentan el pecado de la apostasía, si ellos no podrán apostatar? Esta aparente dificultad es ocasionada, en primer lugar, porque consideramos el ser cristiano solo desde el punto de vista del propósito eterno de Dios; pero no recordamos la otra perspectiva complementaria que nos presenta la Biblia, que si no nos ejercitamos en el uso de los medios de la gracia estamos en grave peligro de negar, ignorar o descuidar nuestra responsabilidad cristiana. No debemos olvidar que el Cristiano debe ser visto desde una doble perspectiva: En el propósito de Dios el creyente ya está glorificado (Ro. 8:30), pero, en sí mismo aún no lo está. En algunas de sus cartas el apóstol llama a los creyentes como “santos” o “santificados” (1 Cor. 1:2), este es el propósito eterno de Dios; pero luego, desde la perspectiva complementaria, el de la responsabilidad cristiana, les dice que son “*llamados a ser santos*” (Ro. 1:7).

Así que en estos pasajes de Hebreos, como en todas sus anteriores exhortaciones y advertencias, la vida del cristiano no está siendo abordada solo desde el punto de vista del propósito eterno de Dios, sino también desde la perspectiva de la responsabilidad cristiana, de lo que él aún no es en sí mismo.

La dificultad que algunos teólogos o predicadores tienen con este pasaje se debe a que no ponen en la misma perspectiva la debida relación que existe entre el propósito eterno de Dios y la realización o ejecución del mismo a través de los medios que su propósito sabiamente ha ordenado. Un ejemplo de esto que acabo de decir sería la siguiente situación: Si Dios ha ordenado en su propósito eterno salvar a un hombre, entonces, pregunto, ¿este será salvo ya sea que tenga o no tenga fe en Cristo? Es decir, ¿podrá ser salvo sin el uso del medio que Dios ha establecido para ello? El apóstol Pablo afirma que el propósito eterno de salvación utiliza los medios que Dios mismo ha ordenado. “*Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu, y la fe en la verdad, a los cual os llamó mediante nuestro evangelio, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo*” (2 Tes. 2:13-14).

Es muy cierto que cuando Dios ha escogido a un determinado individuo para salvación, indefectiblemente él le dará la fe salvadora, pero eso no significa que el Espíritu Santo creerá por él, no, la persona debe ejercer la fe que le ha sido dada por el Espíritu Santo. De la misma manera, Dios ha decretado que cada alma regenerada entrará de manera segura al cielo, y nada podrá impedir que su salvación sea consumada, su salvación está asegurada y él perseverará hasta el fin, pero ciertamente Dios no ha ordenado que esto se haga sin el uso de los medios que Él mismo estableció para su preservación. El apóstol Pedro también tiene en claro estas dos perspectivas cuando dice: *“que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero”* (1 Ped. 1:5). Dios es el que nos guarda para la consumación de nuestra salvación pero lo hace a través de un medio: la fe. Y no se trata de la fe de Dios, como algunos han enseñado, sino de la fe que Dios pone en el corazón del creyente para que este la ponga en acción. Este es el lado de la responsabilidad humana.

Al considerar al cristiano observamos que en él todavía quedan remanentes serios de debilidad. El cristiano está sujeto a un naufragio de la fe, como le dice Pablo a Timoteo: *“manteniendo la fe y buena conciencia, desechando la cual naufragaron en cuanto a la fe algunos, de los cuales son Himeneo y Alejandro, a quienes entregué a Satanás para que aprendan a no blasfemar.”* (1 Tim. 1:19-20). El cristiano todavía lleva dentro de sí una naturaleza que anhela las vanidades del mundo, pero este deseo debe ser rechazado constantemente, pues, si amamos al mundo nunca tendremos las dichas del cielo. El cristiano aún está en un lugar de terrible peligro, está siendo amenazado por las tentaciones mortales y es su deber orar y vigilar constantemente en contra de las mismas. El cristiano es objeto de los ataques directos de Satanás, quien siempre anda como león rugiente con el fin de devorarlo, pero la malicia del diablo es tal, que el creyente no se percate del asecho del enemigo. Y es solo cuando el creyente usa el armamento de Dios que tiene disponible para él, cuando puede ser librado de las tentaciones y ataques del gran enemigo de las almas.

Por estas cosas el creyente necesita con urgencia las exhortaciones y advertencias de las Sagradas Escrituras. Dios nos muestra lo que se encuentran al final del camino de la auto-indulgencia, la pereza y el descuido espiritual, y la voluntad no sujeta a Él. Dios es

misericordioso y en cada lado del camino, donde hay precipicios, él pone avisos para que nadie caída en él, pero ¡Ay de aquel que hace caso omiso de estas advertencias y se empuja hacia al precipicio!

Este solemne pasaje de Hebreos 10 está mostrando la conexión que existe entre la apostasía y la condenación irrevocable. El autor advierte a todos los que llevan el nombre de Cristo para que sean muy cuidadosos en su andar cristiano, y con suma atención estén vigilando sus almas de manera que eviten el pecado imperdonable.

Afirmar que los creyentes no necesitan de estas advertencias es perder de vista la conexión que Dios mismo ha establecido entre su decreto eterno, las cosas que ha predestinado y los medios a través de los cuales se alcanzan esos fines. El fin que Dios ha predestinado para su pueblo es la felicidad eterna en el cielo, y uno de los medios por los cuales se llega a tal efecto, es a través de prestar atención a todas las advertencias que las Escrituras dan en contra de todo lo que impide llegar a las glorias celestiales.

No es sabio irse en contra de las advertencias. El niño Jesús estaba seguro en las manos del Padre y conforme al decreto eterno él no podía morir como niño en las manos de Herodes, pero José fue advertido por un ángel para que huyera a Egipto pues, este malvado rey lo andaba buscando para matarlo. José fue un hombre sabio y no actuó en contra de las advertencias, ni fue descuidado frente a ellas, él no se basó en que Jesús estaba seguro en las manos del Padre Eterno, y por lo tanto no iba a huir de Herodes.

Cada uno de nosotros debe estar mirando atentamente aquellas actitudes y elementos que pueden ser considerados como raíces que pueden crecer hasta llegar a convertirse en el pecado de la apostasía, lo que podría ser llamado los primeros pasos para este pecado tan terrible. A este pecado no se llega de una sola vez, sino que es resultado de un corazón enfermo. Así que, mientras el escritor de la carta y sus lectores no podrían estar en un peligro inmediato de apostasía, si se permitían la licencia de obrar con un corazón malo e incrédulo, entonces darían lugar a este pecado terrible del cual nuestro autor está hablando.

Un hombre que ahora disfruta de buena salud no está en peligro inmediato de morir de tuberculosis, sin embargo, si temerariamente se expone a la humedad y el frío, si se abstiene de comer alimentos nutritivos que le den fuerzas para resistir dicha enfermedad, si

tenía una tos persistente que le causaba dolor en el pecho y no hizo nada frente a ella, entonces es muy probable que llegue a ser una víctima de esta enfermedad. Ahora, en el campo espiritual, en la vida cristiana, la semilla de la muerte se encuentra en las personas. Esa semilla es el pecado, y solo a través de la búsqueda diligente de la gracia, todos los días, podremos frenar y frustrar las inclinaciones del pecado en nosotros, y suprimiremos las actividades malvadas en nosotros, de manera que se impida el desarrollo del pecado que nos conduzca a un final fatal.

Un pequeño orificio en un barco, si este es descuidado, lo conllevará a su hundimiento. Eso mismo sucede con un pecado consentido, el cual no se confiesa ni se mortifica, de seguro terminará en el castigo eterno. Bien dijo el puritano John Owen: “Debemos tener mucho cuidado de no ser negligentes frente a la persona de Cristo y su autoridad, para que no entremos en algún grado de ser culpables de esta gran ofensa”. O mejor aún, todos debiéramos suplicar al Padre de la forma como lo hizo el Salmista “*Preserva también a tu siervo de las soberbias; que no se enseñoreen de mí; entonces seré íntegro, y estaré limpio de gran rebelión*” (Sal. 19:13). Con razón, Spurgeon dice de este versículo “El pecado secreto es un escalón hacia el pecado de presunción, y este es el vestíbulo del pecado que es para muerte” (El tesoro de David).

Pecar con “presunción” consiste en: consciente y deliberadamente hacer caso omiso de los mandamientos de Dios, desafiando su autoridad e imprudentemente entrar en un proceso de auto-agrado, de auto-satisfacción sin tener en cuenta las consecuencias. Cuando uno ha llegado a esta terrible etapa, está a un paso de cometer el pecado para el cual no hay perdón, el cual acarrea el abandono de Dios en este mundo y en el que está por venir.

Como este tema solemne está vitalmente relacionado con nuestro bienestar eterno, y siendo que en la predicación de hoy, ya sea en los púlpitos, la televisión o la radio, se mantiene un reprochable silencio sobre esto, vamos a recordar brevemente algunos de los pasos que conducen inevitablemente al pecado de presunción.

Cuando un cristiano deja de confesar con arrepentimiento todos sus pecados conocidos, delante de Dios, esto indica que su conciencia está dormida y ya no es sensible a la voz del Espíritu Santo. Si esta persona viene, en este estado de muerte, delante de Dios para

adorarlo, para alabarle y agradecerle por las misericordias recibidas, esto no es más que una burla y un disimulo delante de él. Si continúa en este estado de impenitencia, lo cual le permite aliarse definitivamente con el pecado que en un primer momento cometió sin el ánimo de rebelarse definitivamente contra Dios, su corazón llegará a estar tan endurecido que cometerá nuevos pecados deliberadamente, yéndose en contra de la luz y el conocimiento espiritual que ya tiene, y pecando con el puño levantado, y por lo tanto llegará a ser culpable del pecado de soberbia, de estar desafiando abiertamente a Dios.

Lo terrible es que en este tiempo de degeneración de la conciencia, millones de personas han sido drogados por los predicadores (los cuales es muy probable que estén espiritualmente muertos y de seguro ayudan al avance de la obra de Satanás), los cuales enseñan la doctrina de “salvo siempre salvo” o “la seguridad eterna de la salvación” de una manera tan irresponsable y anti-escritural que dan la impresión a sus oyentes de que los pobres y miserables hombres perdidos en el pecado, si cumplen con la condición de que una vez “acepten a Cristo como su Salvador personal” a través de una oración o de levantar la mano en un culto o campaña evangelística, o evangelismo en el parque o en las casas; entonces, inmediatamente el cielo les pertenece de manera segura, que la culpa nunca más estará sobre ellos, y que sin importar los pecados que ellos cometan, se encuentran facultados por la gracia para ser “cristianos carnales”, y no obstante, no ponen en peligro su estado eterno. La consecuencia de esta falsa enseñanza ha sido – y esto no es simplemente un miedo de nuestra imaginación sino un hecho patente que observamos por todos lados – que una seguridad carnal ha sido transmitida, a tal punto que en medio de una vida de satisfacción carnal y mundana, es, humanamente hablando, imposible alterar su falsa paz o aterrorizar a sus conciencias.

A nuestro alrededor muchos que profesan ser cristianos pecan con el puño levantado contra Dios, y sin embargo no sufren de ningún escrúpulo en sus conciencias. Y nos preguntamos ¿Por qué? Porque mientras ellos creen que algunos piadosos creyentes si llegarán a recibir coronas en el “milenio”, también creen que otros perderán sus recompensas si no tomaron su cruz cada día, y no obstante, estos que no toman su cruz cada día y se niegan a sí mismo forman parte del grupo de los salvos. Como algunos dicen, entrarán al cielo “raspando”,

con la calificación más baja. Pero estoy convencido por las Sagradas Escrituras que los que razonan de esta manera, y son descuidados en su vida cristiana, corren presurosos al eterno sufrimiento en el infierno.

Ellos se imaginan que la sangre de Cristo cubre todos sus pecados, pero esto es una horrible blasfemia. Apreciados hermanos, no se equivoquen en este punto y que ningún falso profeta les haga creer lo contrario, la sangre de Cristo no cubre ningún pecado del cual no nos hayamos arrepentido verdaderamente y confesado a Dios con un corazón dolido y humillado. Pero no es fácil arrepentirse de las soberbias ya que ellas endurecen el corazón contra Dios y lo vuelven de acero. Esto es lo que dice la Escritura de muchos miembros del antiguo pueblo de Dios: *“Pero no quisieron escuchar, antes volvieron la espalda, y taparon sus oídos para no oír; y pusieron su corazón como diamante, para no oír la ley ni las palabras que Jehová de los ejércitos enviaba por su Espíritu, por medio de los profetas primeros; vino, por tanto, gran enojo de parte de Jehová de los ejércitos”* (Zac. 7:11-12).

Con razón Thomas Scott dice, al comentar Hebreos 10:26 “No podemos también alarmar al que está muy seguro, seguro de sí mismo, y que es presuntuoso, pues, como todo pecado contra la luz y la conciencia, está a un paso del horrible precipicio descrito por el apóstol²”. Con cuánto dolor podemos decir hoy que Satanás, a través de muchos “maestros de la Biblia”, ha hecho tan bien su trabajo, que a menos que el Espíritu Santo haga un milagro, es imposible inquietar o alarmar a estas personas que confían carnalmente en la seguridad de su salvación, mientras que son descuidados en su vida espiritual.

Las grandes masas de cristianos hoy día se refieren a Dios como un ingenuo y chocho abuelo que ama a sus consentidos nietos, siendo ciego a todas sus travesuras. Las multitudes de cristianos hoy día ya no creen en el inefable y santo Dios de las Sagradas Escrituras, pero ellos van rumbo a su triste destino eterno, el cual consiste en caer en las manos de Dios y esto es descrito en la carta a los hebreos como una cosa horrenda.

Esta ha sido una de las introducciones más largas al estudio de un pasaje bíblico, pero creo que vale la pena, pues, el objetivo es llegar a las conciencias y los corazones de todos

² Algunos autores antiguos se refieren al autor de la carta a los Hebreos como “el apóstol”.

aquellos que están engañados por doctrinas no trazadas de manera correcta por hombres que pueden ser considerados como los maestros de la ortodoxia cristiana.